



PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 22 DE JULIO DE 1882.

NÚM. 27.

SUMARIO.

1 y 33. Vestido de batista.—2. Vestido de faya lisa y tela Pompadour.—3. Vestido de velo doble y surah.—4 y 5. Mantel de aparador.—6 y 7. Dos delantales.—8 y 9. Dos cenefas de tul bordado.—10 y 11. Cubre-corsés.—12 a 14. Tres camisas para señoras.—15 y 16. Vestido de fular Pompadour.

—17 y 18. Vestido de lienzo con cenefas estampadas.—19 y 20. Vestido de surah y tul guipur.—21 y 25. Vestido de batista de lana.—22 y 26. Visita.—23 y 24. Paletó de paño de verano.—27. Mantilla-capelina de encaje.—28. Mantilla-capelina de felpilla.—29. Sombrero Rembrandt.—30 y 31. Vestido de cachemir y raso.—32. Vestido de satinete rameado.—34 á 39. Trajes para niñas y niños.

Explicacion de los grabados.—La Frente, por D. Eduardo Pascual y Cuéllar.—Las Dueñas (Recuerdos del tiempo pasado), por D. Juan Cervera Bachiller.—La Vida Real: Apuntes para un libro, por D.^a María del Pilar Sinués.—Carta canta, por D.^a Salomé Nuñez y Topete.—Dos Angeles (continuacion), historia vulgar, por D. Eusebio A. Escobar.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Sueños.

Vestido de batista. Núms. 1 y 33.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de faya lisa y tela Pompadour. Núm. 2.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VII, figs. 44 y 45 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de velo doble y surah. Núm. 3.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Mantel de aparador. Núms. 4 y 5.

Las figs. 27 y 28 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á este objeto.

Para el mantel se toma un pedazo de lienzo grueso, especie de cañamazo, de un metro 80 centímetros de largo por 44 centímetros de ancho, y se lo ribetea con una tira de tejido *jacquard*, terminada por un fleco. El bordado del fondo se compone de ramos grandes y pequeños, uno de los cuales, el grande, va representado, de tamaño natural, por el dibujo 5. Las figs. 27 y 28 representan los ramos pequeños. Despues de pasar á la tela los contornos del dibujo, se ejecuta el bordado al punto de cadeneta, punto atras, pasado, punto de espina y punto ruso, con algodón azul de tres matices.

Dos delantales. Núms. 6 y 7.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, fig. 26, y el núm. VIII, figuras 46 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Dos cenefas de tul bordado. Núms. 8 y 9.

Se bordan estas cenefas sobre tul blanco con algodón ó seda blanca, y sobre tul negro con seda negra.

Cubre-corsés.—Núms. 10 y 11.

Núm. 10. Va adornado con tres entredoses de encaje grueso (encaje *torchon*), un encaje igual pendiente, y otro en el borde del escote.

Núm. 11. Va guarnecido de encaje *torchon* y una tira calada, por cuyos calados se pasa una cinta.

Tres camisas para señoras. Núms. 12 á 14.

Núm. 12. Esta camisa es de percal y va guarnecida de una tira de bordado al punto inglés.

Núm. 13. Camisa con bor-



1.—Vestido de batista. Delantero.
(Véase el dibujo 33.)
(Explic. en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)

2.—Vestido de faya lisa y tela Pompadour.
(Explic. y pat., núm. VII, figs. 44 y 45 de la *Hoja-Suplemento*.)

3.—Vestido de velo doble y surah.
(Explic. en el recto de la *Hoja-Suplemento*.)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

dado, hecho á la máquina, en el escote. Va adornada ademas con dos entredoses y unas tablitas.

Núm. 14. Esta camisa lleva dos hileras de encaje de Valenciennes, un entredos de lo mismo y otro encaje de Valenciennes pendiente.

Vestido de fular Pompadour. Núms. 15 y 16.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de lienzo con cenefas estampadas. Núms. 17 y 18.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de surah y tul guipur.—Núms. 19 y 20.

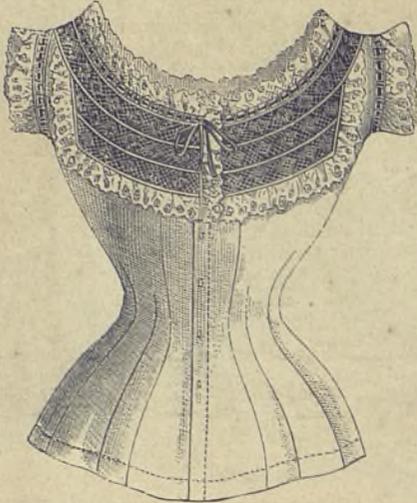
Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de batista de lana. Núms. 21 y 25.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Visita.—Núms. 22 y 26.

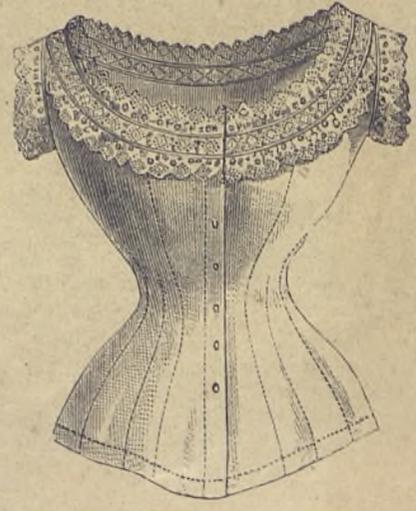
Esta visita de verano es de lanilla clara y terciopelo oscuro. El terciopelo forma por delante una especie de chaleco largo, abierto por abajo y abrochado hasta la cintura. El cuellecito vuelto y los bordes van ribeteados de un vivo claro. La pieza del hombro que forma la manga es de lanilla. Por detras, el terciopelo forma como un espaldar enlazado en los hombros: lo demas es de lanilla.



10.—Cubre-corsé.



4.—Mantel de aparador. (Véase el dibujo 5.)



11.—Cubre-corsé.

Mantilla-capelina de felpilla.—Núm. 28.

Es de felpilla blanca; forma capucha, como la anterior, y va plegada sobre el hombro, como indica el dibujo, y adornada con lazos de cinta.

Sombrero Rembrandt.—Núm. 29.

Este sombrero, cuyo dibujo, visto por delante, irá en nuestro número próximo, es de paja de Italia, blanca, cosida, y va adornado de faya color de maíz. Magnífica pluma blanca, que rodea todo el sombrero. Forro de terciopelo granate. El dibujo 29 representa este sombrero, visto de costado y un poco por detras.

Vestido de cachemir y raso. Núms. 30 y 31.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VI, figs. 29 á 43 de la Hoja-Suplemento.



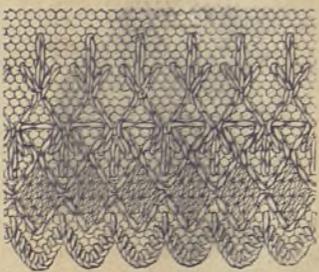
6.—Delantal de raso. (Explic. y pat., núm. IV, fig. 26 de la Hoja-Suplemento.)



5.—Dibujo del mantel de aparador. (Véase el dibujo 4.)



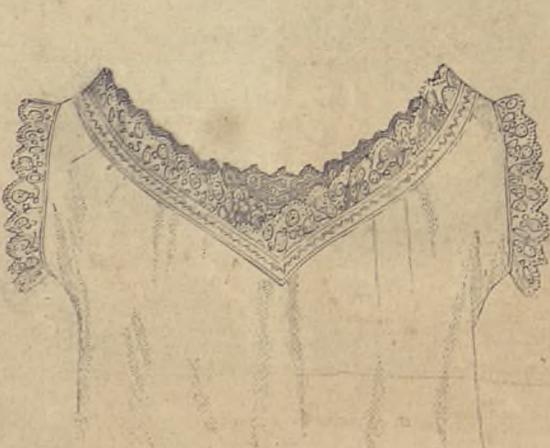
7.—Delantal de percal de lunares. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 46 á 49 de la Hoja-Suplemento.)



8.—Cenefa de tul bordado.



9.—Cenefa de tul bordado.



12.—Camisa para señoras.



13.—Camisa para señoras.



14.—Camisa para señoras.



frente no es más que el hueso *frontal*, la pared anterior de la cavidad craneana; para la Fisiología, un simple fragmento de la retorta donde se elaboran las ideas; para la Patología, un órgano más, cuyos vasos ingurgitados y cuya temperatura, elevada por la fiebre, pueden revelar la existencia de un estado morboso.

La Estética tampoco busca en ella más que líneas y proporciones, y la halla tanto más bella cuanto más bellamente logran herirla los rayos de la luz.

La razón, más exigente, sólo la encuentra verdaderamente hermosa cuando, á través de ella, se adivina y se trasluce el resplandor de un alma sencilla y buena; cuando su límpida epidermis no ostenta las marcas acusadoras del vicio, aunque tenga surcos y pliegues, que son las huellas venerables de los años y los signos indelebles del sufrimiento.

La frente es, en fin, para el poeta, el respaldo del trono donde tiene su asiento la virtud.

Pero la frente es todo eso y mucho más. La

15.—Vestido de fular Pompadour. Espalda. (Véase el dibujo 16.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

Vestido de satinete rameado. Núm. 32.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Trajes para niñas y niños. Núms. 34 á 39.

Para las explicaciones y patrones de estos trajes, véase el recto de la Hoja-Suplemento.

LA FRENTE.

La frente.... Hé aquí una cosa que está por encima de todas las miras y miradas del hombre.



17.—Vestido de lienzo con cenefas estampadas. Espalda. (Véase el dibujo 18.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

Colócala la Naturaleza sobre los órganos de los sentidos, como sometiéndolos á su poder.

Bajo ella se extiende el rostro, despues el cuerpo y el mundo material y perecedero que se agita á sus plantas, es decir, todo, ó bien mirado, nada... Detras de ella hay un abismo que llena la masa encefálica, y sobre ella la bóveda del cráneo; luégo, un poco de piel y de cabello, y más allá, el aire, la inmensidad, el infinito; como quien dice, nada; ó por mejor decir, todo.... Para la Anatomía, la



22.—Visita. Espalda.—(Véase el dibujo 26.)

frente es en la humanidad lo que el cielo es en la Naturaleza. Bajo él refulgen los soles que iluminan el universo, y bajo ella brillan los ojos que lanzan los rayos de esa misteriosa claridad con que se alumbrá interiormente nuestro sér. Detras del espejismo de los cielos presentimos los arcanos de la eternidad, como detras del tabique de la frente los secretos del pensamiento; el cielo oculta el reino de Dios; la frente, el santuario del alma.

Cuando del agitado seno de los mares se levantan turbas de vapores que se arremolinan y condensan en la atmósfera, se empaña y se nubla el cielo; cuando de los abismos del corazon suben las brumas del dolor, pierde la frente su alegre y clara transparencia, se nubla también. Pero la lluvia se desprende, al fin, de las preñadas nubes, como el llanto de los hinchados ojos, y el cielo y la frente se despejan otra vez.

La frente es el telon de boca que cubre el escenario del cerebro, donde tantos dramas se ensayan y representan secretamente.



21.—Vestido de batista de lana. Espalda. (Véase el dibujo 25.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

En el frontispicio del templo de Delfos escribió la sabiduría este gran lema: *Nosce te ipsum*. Y desde entonces parece que llevamos esas palabras escritas en la frente, que es el verdadero frontispicio de la humanidad.

La frente es el espejo donde se asoma el alma; por eso, cuando pretendemos descubrir la intencion de un hombre, cuando ansiamos indagar el pensamiento de una mujer, clavamos en su frente, por instinto, nuestra mirada inquisidora.



19.—Vestido de surah y tul guipur. Espalda. (Véase el dibujo 20.) (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)

La inocencia tiene la frente nacarada y pura; cuando el rubor la enrojece, se inclina al suelo, como las flores abrasadas por los besos excesivos del sol. Mas ¡ay! luégo que el tibio resplandor de la edad cándida es eclipsado por las sombras de la malicia ó por la luz abrumadora de la ciencia, pierde la frente su transparencia primitiva, como pierde la primavera sus perfumes á medida que el estío va avanzando.

Los años, al pasar, rozan la frente, dejando en ella



18.—Vestido de lienzo con cenefas estampadas. Delantero. (Véase el dibujo 17.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

20.—Vestido de surah y tul guipur. Delantero. (Véase el dibujo 19.) (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)

16.—Vestido de fular Pompadour. Delantero. (Véase el dibujo 15.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

surcos imborrables; las tribulaciones contraen la piel y forman en aquélla arrugas imperecederas. Frentes verdaderamente tersas, aparte de la juventud más tierna, sólo suelen tenerlas los felices y los tontos; y como quiera que los seres felices son muy raros, y las frentes lisas y tersas son bastantes todavía, resulta que nos hallamos rodeados de una respetable cantidad de necios.

La frente inclinada siempre al suelo es indicio de mucha humildad, ó de mucha humillación, ó de mucha hipocresía. El que la lleva siempre erguida, ó no ha perdido la dignidad, ó ha perdido la vergüenza.

Si el que va á cometer un hecho indigno tuviera ante sí un espejo, huiría al punto de la tentación, espantado de la contracción rápida y horrible que en ella produce, de la siniestra sombra que proyecta en ella cada mal pensamiento que asalta al ánimo.

La frente es la parte más noble del exterior humano; por eso se ciñen á la frente las coronas; por eso también el hombre mancillado por la deshonra siente como si asomara á ella el signo de su oprobio y deshonra.

El beso en las mejillas es un beso de amistad; en los labios es la lúbrica comunicación del sensualismo. Pero el ósculo en la frente es un beso respetuoso y santo; toma en él más parte el espíritu que la materia, y el que besa se ennoblece.

Brillan en la frente con intensidad los hermosos destellos del genio; parece entónces el horizonte por donde surge el sol.... Mirad un sabio abismado en profundas meditaciones, arrobado en uno de esos éxtasis fecundos para la humanidad y para la ciencia; pásase la mano por la frente, como para arrancarla alguna idea. Dase de pronto una palmada.... La idea ya brotó. La alegría resplandece en los ojos del sabio; un extraño fulgor ilumina su frente; parece que se dilata; parece que hasta sus poros se abren para que salga la luz....

Los órganos de los sentidos son las puertas por donde el pecado sale y entra. La frente es la puerta por donde sólo entra la gracia. El agua del bautismo la baña cuando



23.—Paletó de paño de verano. Delantero. (Véase el dibujo 24.) (Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 25 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Mantilla-capelina de encaje.



29.—Sombrero Rembrandt.



28.—Mantilla-capelina de felpilla.



26.—Visita. Delantero. (Véase el dibujo 22.)

Pero ¡ah! así como en la frente se refleja la espléndida aureola de la virtud, algo también de vergonzoso debe asomar en ella cuando la ocultan los malvados.

¡La frente descubierta! Hé ahí cómo sólo pueden llevarla los que nada tienen que temer.

Qué idea tan profunda se encierra en estas cuatro palabras: «Mirar frente á frente.»

El día en que todos los hombres puedan hacerlo, se ha salvado la sociedad.

EDUARDO PASCUAL Y CUÉLLAR.

LAS DUEÑAS.

(RECUERDOS DEL TIEMPO PASADO.)

Las dueñas han constituido un tipo pura y genuinamente español. Creación de antiguas costumbres, que han pasado ya en el volutar constante de los siglos, con ellas ha desaparecido también de nuestra escena social ese tipo nacional de inolvidables recuerdos.

Eran las dueñas unas señoras de mayor edad, que prestaban inmediatos servicios á las damas de cierta alcurnia, ó que se consagraban á la custodia y acompañamiento de las doncellas de clase, á quienes la parca fatal había arrebatado los cuidados de una madre querida y el calor, á ningún otro comparable, del seno maternal.

Como, al contrario de lo que en otras naciones sucede, nunca en nuestro país fué bien visto que las jóvenes solteras de familias principales comparecieran solas en público, pues este privilegio se reservó siempre para las señoras casadas ó viudas, la misión principal de las dueñas consistía en acompañar



30.—Vestido de cachemir y raso. Delantero. (Véase el dibujo 31.) (Explic. y pat., núm. VI, figs. 29 á 43 de la Hoja-Suplemento.)



25.—Vestido de batista de lana. Delantero. (Véase el dibujo 21.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



32.—Vestido de batista. Espalda. (Véase el dibujo 31.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



34.—Vestido para niñas de 11 á 13 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

35.—Mandado de raso de algodón. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

36.—Traje para niños de 6 á 8 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

37.—Vestido para niñas de 9 á 11 años. (Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 19 de la Hoja-Suplemento.)

38.—Vestido para niñas de 3 á 5 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

39.—Vestido para niñas de 5 á 7 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



24.—Paletó de paño de verano. Espalda. (Véase el dibujo 23.) (Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 25 de la Hoja-Suplemento.)



31.—Vestido de cachemir y raso. Espalda. (Véase el dibujo 30.) (Explic. y pat., núm. VI, figs. 29 á 43 de la Hoja-Suplemento.)



33.—Vestido de satineté rameado. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

á sus jóvenes amas al templo, al paseo, á las visitas que la etiqueta les consentía, ó á las casas de los deudos, así como á los escasos espectáculos públicos á que las señoritas podían concurrir sin menoscabo de su dignidad ó de su virginal decoro.

¿Quién en España no ha oído hablar de dueñas?

En todos los dramas y comedias de los insignes poetas de nuestro siglo de oro figura inevitablemente ese personaje característico, apareciendo la dueña, unas veces como sombra protectora y respetable escudo de las enamoradas doncellas ó de las huérfanas desvalidas, y no pocas como urdidora de intrigas y lances amorosos, zurcidora de voluntades ó vendedora de honras ajenas, con escarnio de su sexo y mengua del femenil recato.

Aun en la época moderna, en nuestros tiempos mismos, la dueña ha resucitado, por decirlo así, en la fantasía popular; y dos generaciones han visto ya aparecer de nuevo sobre las tablas, como recuerdo viviente de otros siglos, á la intrigante y remilgada Brígida, de quien D. Juan Tenorio se vale para poder llegar, como un sér fantástico salido de las entrañas de la tierra, hasta la candorosa y enamorada doña Ines, á quien aquella acompañaba, según la costumbre de los tiempos, en la soledad misma del claustro.

Hé ahí por qué el nombre solo de dueña hace sonreír á todos los que le escuchan y á todos los que ven aparecer una cara apergaminada y unos ojillos hipócritas y tortuosos, bajo unas tocas venerables, en cualquiera de los cuadros de esos inmortales pintores nuestros, que han sabido detener al mundo antiguo ante la fuerza mágica de su pincel, para petrificarle, si se nos permite la metáfora, y conservarlo así á las venideras generaciones, y hacernos sentir sus palpitaciones mismas, sorprendidas por el genio como en un momento de descuido.

La palabra *dueña* se deriva, á no dudarlo, de la latina *dómina*, señora, título que de muy antiguo se daba á las mujeres casadas en general, y más propiamente aún á las de distinción, ancianas y viudas, como en testimonio de respeto á su alcurnia, á sus virtudes ó á su estado.

Su contracción ha producido la de *doña*, que ha constituido, hasta en nuestros días, como un título de honor para las mujeres que, por su nacimiento, ó por la clase y categoría de sus maridos, gozaban los honores de la hidalguía ó la nobleza.

También se daba el título de *doña* á las religiosas de ciertas comunidades que, por especiales privilegios, tenían la consideración de nobles en nuestros antiguos organismos sociales; título que aún usan algunas, aunque muy pocas, en Madrid y en algunas provincias de la antigua corona de Castilla y de la de Aragón.

Pero, habiéndose generalizado bastante el uso de ese título, que se apropiaron muchas gentes á quienes no les correspondía por las leyes y usanzas de aquellos siglos, y hasta los moros y judíos, según se consignó en el Código de las Siete Partidas, al establecer por esa causa severas limitaciones sobre el particular, dejaron de usarle muchas familias de la Nobleza, para no confundirse con el vulgo. En cambio, se aplicó como una especie de ejecutoria de servidumbre á las mujeres de respeto; de compañía, como diríamos hoy; á las señoras de tocas, que desde entonces fueron conocidas y designadas con el nombre genérico de *dueñas*, para distinguir las de las jóvenes servidoras ó doncellas que tenían también á sus órdenes las señoras de distinción. De ahí vino también el llamar dueñas de honor á las señoras de categoría que estaban á las órdenes de las reinas y de las princesas de la casa Real, que después cambiaron su título por el de damas de honor al advenimiento de la familia de Borbon al trono de España, que de Francia nos importó estas y otras innovaciones y modas, devolviéndonos, con distinto nombre, una institución que, como la de las dueñas, había sido establecida en la corte de los Luises por las dos reinas que la casa de Austria española dió en breve tiempo al pueblo francés.

Las dueñas prestaban en realidad los mismos ó, por lo ménos, muy semejantes servicios á los que en la actualidad prestan las ayas y señoras de compañía: tal fué el origen de esta institución, que debió desempeñar un papel importante en el hogar doméstico y ser de relevante utilidad á las familias, si bien, andando el tiempo, y por no desmentir la mutabilidad de todas las cosas humanas, se relajó bastante.

Así el nombre de dueña llegó, en los siglos XVI y XVII, á ser, casi en absoluto, sinónimo de mujer intrigante, entrometida, venal y encubridora de trapisondas y embustes, convirtiéndose en objeto de las sátiras más punzantes y de los más sangrientos epigramas, y rebajando su antigua respetabilidad hasta el punto de que las familias honradas las temieran como á un azote del hogar doméstico, y los galanes buscadores de aventuras se valieran de ellas como del primero y más poderoso é irresistible instrumento para el logro de sus deseos y la realización de sus nocturnas sorpresas y de sus empresas más audaces y endiabladas.

Las antiguas fieles servidoras se convirtieron en el diablo de las familias y el ogro temido de las honras; que no ha habido siglo en que la sociedad no haya ostentado alguna llaga repugnante ó algún vicio de constitución necesitado de cauterio.

Hé aquí, en efecto, la gráfica pintura que de ellas hace el discreto Manco de Lepanto en una de sus novelas: «¡Oh dueñas, nacidas y criadas en el mundo para perdición de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usais de vuestro casi ya forzoso oficio!»

Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderon y otros, en sus inmortales comedias, han satirizado no ménos duramente á las dueñas, exhibiéndolas casi siempre, en la trama de sus bellas producciones, como perturbadoras del conyugal reposo, espanto de padres, encubridoras de enredos y causa de sangrientos lances y de irreparables daños.

Velez de Guevara, en su popular *Diablo Cojuelo*, no pierde tampoco ocasión de zaherirlas.

Así, para describir las dueñas que acompañaban á la Fortuna, dice que iban sobre minotauros montadas, con largas tocas y antojos, y que eran la usura, el chisme, la soberbia,

la simonía, la baraja, la hazañería, y, por último, todas demonios hembras, que ayudaban grandemente á Satanás, con sus embustes é intrigas, en todas las empresas que el genio tentador acometía contra la virtud y la honra de las mujeres.

Otro escritor de la época pedía en una de sus fantásticas composiciones, hablando de cierta dueña chismosa que en el poema figuraba, que fuese quemada, ó á lo ménos que la quemasen la lengua con un hierro ardiente, á fin de que las otras tomasen de ella ejemplo; y añadía que no se debía consentir jamás que trajesen la llave del vino semejantes dueñas viejas, porque, cuando habían bebido demasiado, hablaban lo suyo y lo ajeno.

A tan deplorable decadencia llegó la fama de las tales dueñas, que nadie fiaba de ellas, y todos les acumulaban cuanto de malo sucedía en la casa en que prestaban su servicio.

Si alguna de las hijas andaba ojerosa y mustia, había que vigilar mucho á la dueña, porque era que esta enemiga asalariada le había dado algún filtro ó hierba maligna para atraerla al amor de algún galán codicioso de su hermosura, ó había servido de tercera, en el cambio de amorosas epístolas, para algún atrevido sin blanca ó algún hidalgo de gotera buscador de dotes de doncellas principales. Si faltaba alguna alhajueta de la señora, la dueña había cargado con ella para rellenar el bolsón de sus dudosos ahorros; si un cabo de vela ó un retazo de brocado desaparecían, las tocas de la dueña debían saber algo de su paradero. Había chismes en la familia; pues la dueña los había inventado para entretener sus ocios ó para el logro de alguna intrigueta: en fin, la dueña, y siempre la dueña, de por medio.

No poco debieron de contribuir también al descrédito de las buenas señoras la familia escuderial y demás servidumbre de antesala y escaleras abajo, que de antiguo las odiaban cordialmente, por la confianza que gozaban en las casas principales, y porque, siendo aquellos gente de buen humor, maleante y desocupada, entretenían sus ocios alegremente á costa del que tenían más á la mano ó del que consideraban más débil; lo cual producía frecuentes quejas de las dueñas á sus señoras y ocasionaba no pocos ruidos en las casas.

Cervantes lo declara bien explícitamente por boca de aquella melosa y malferida D.^a Rodríguez, que D. Quijote halló en el castillo de los Duques, y que tanto dió que hacer con sus lastimeros ayes al buen hidalgo manchego.

Hablaban ella y el andante caballero de los escuderos de la casa, y D.^a Rodríguez, para justificar el poco afecto que se tenían, dice de ellos, con tanta donosura como mal encubierto encono: «Siempre son enemigos nuestros; que, como son duendes de las antesalas y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan, que son muchos, los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama.»

Era también costumbre bastante generalizada llamar á las dueñas Quintañosas, como en són de mofa; y eso debió proceder de que Quintañoña se apellidaba en la historia caballerescas de Lanzarote del Lago, que con otras parecidas había constituido la lectura favorita de nuestros antepasados durante largo tiempo, la dueña que había mediado en los amores de Lanzarote con Ginebra, y á la cual se refiere con frecuencia en sus diálogos Don Quijote, pintándola como señora principal, discreta y honrada, á la cual más de una vez quiso comparar venteras rústicas y curtidas lugareñas, que halló al paso en el camino de sus soñadas aventuras.

De entre todos los escritores que hemos citado, y otros muchos que no hay para qué mentar, ninguno, seguramente, llevó á tan alto grado sus invectivas y sus punzantes ironías contra las dueñas como el donosísimo y chispeante D. Francisco de Quevedo, que de esa manera debió querer vengar más de cuatro malas pasadas que las dueñas le habrían jugado en sus aventuras galantes, y desquitarse de las doblas que más de una vez le habían sacado de su escarcela por abrir puertas de noche ó fabricar mentidas honestidades de día.

Todas las obras del sin par satírico español están llenas de pasajes en que las dueñas llevan siempre la peor parte, y de las que salen no muy bien paradas en su opinión y en su dignidad.

Baste citar, para no hacernos molestos, la siguiente anécdota que refiere, con su habitual gracejo, en su *Visita de los chistes*:

«Hubo un caminante, dice, que, preguntando en cierta ocasión dónde había de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y como le dijeran que en un lugar que se llamaba Dueñas, preguntó si habría otro lugar donde pudiera detenerse, ántes ó después de aquél.

«Contestáronle que no, y entonces replicó él: «Más quiero parar en la horca que en Dueñas.»

Y, con efecto, se quedó en la picota.

Esto demuestra bien gráficamente hasta qué punto había llegado en todas las clases de la sociedad la animadversión contra las dueñas; animadversión que concluyó por desterrar del hogar doméstico, en España, esta clase de especiales servidoras, que durante tanto tiempo habían sido el guardian de las honras y el apoyo de la orfandad, para convertirse al fin en su mayor enemigo, ya por consecuencia de su propia debilidad, ya también empujadas por la singular manera de ser de aquella sociedad, entre hipócrita y corrompida.

JUAN CERVERA BACHILLER.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

XI.

Valentina á Mariana.

Toledo, Setiembre de 1876.

He recibido tu carta, mi querida hermana, y me apresuro á enviarte el parecer que deseas acerca del paso que has dado respecto de tu marido: sólo puedo enviarte elogios muy sinceros, pues si bien no has tenido en este asunto toda la delicadeza que era deseable, hay que pensar en

que estabas muy amargada, y en que, atendido tu carácter, te has mostrado demasiado generosa. Yo, en tu lugar, hubiera hablado á la madre de esa pobre joven, y le hubiera enseñado á ella sola el retrato: únicamente la mano de una buena madre puede cerrar, después de abrirla, tan mortal herida; porque la mano de su madre hubiera hundido el puñal en el seno de Lucía lo más suavemente posible, para derramar en seguida en la llaga el bálsamo de su amor.

Algo tiene de cruel lo que has hecho, Mariana; y, sin embargo, hay tanto de noble y bueno en tu decisión de conservar un padre á tus hijos, que no puedo acusarte. Has alcanzado la mayor de las victorias, que ha sido vencerte á tí misma y no poner el pié en el deplorable camino del ruido y del escándalo, camino que está vedado á todas las madres.

Supongo que al decir á la madre de Lucía que hallarían en París un asilo dispuesto para recibirlas, pensabas en Roberto, y has hecho bien; nada de lo que sirva para evitar ó dulcificar una desdicha tuya se negará á hacerlo: es rico en fortuna, y más rico de corazón. En cuanto á Cecilia, es un ángel, y Lucía hallará en ella una tierna amiga.

No te digo que les ofrezcas ningún adelanto de dinero, porque no lo admitirían: hay pocas personas tan arregladas como esas dignas mujeres y no estarán sin algunos ahorros: ya en París, de Roberto admitirán algún préstamo, que estoy segura podrá satisfacer Lucía con su trabajo.

Y ya que has dado el paso primero y más penoso, mi querida Mariana, sigue por ese camino: vé á visitar cada día á tu enemiga, y el odio, esa gangrena del alma, desaparecerá de la tuya: acompáñalas, protégelas hasta que salgan de Madrid; y si, como supongo, esa desgraciada joven tiene que pasar por una grave enfermedad, pues el cerebro no sufre impunemente tan rudos choques, cuidala, consuélala, y esa será tu mejor venganza: suavizar y curar el mal que ha causado tu marido. No es esa la sola herida que tienes el deber de cicatrizar, mi pobre Mariana; tu deber es también curar la que hay en el corazón de Diego: hay dos cosas—y son las más graves de la vida—en las que no hacemos nunca lo que debemos, ni aun lo que queremos, sino lo que podemos: estas dos cosas son las que tocan á la conciencia y al corazón: la fe religiosa no es á veces tan férvida como quisieramos, y la misma ilustre doctora Santa Teresa de Jesús se afligía profundamente algunas veces, al notar que oraba sin fervor alguno y que su imaginación se distraía corriendo por los senderos terrenales.

La oración la calmaba al fin, más pronto ó más tarde, y su alma se acordaba con las palabras que salían de sus labios.

Pues si en esto es la voluntad independiente, lo es mucho más en los asuntos del sentimiento: en vano es proponerse querer una cosa ó dejar de querer otra; en vano algunas veces el desprecio de las malas cualidades, la desestimación de una persona, quiere empeñar reñida batalla con el amor: hay quien ama con ceguedad y desprecia profundamente el mismo objeto que le subyuga y le atrae fatalmente, y hay quien estima altamente las cualidades de una persona, y sin embargo, no puede amarla.

Te repetiré ahora lo que en una de mis últimas cartas te dije. Diego no te ha ofendido deliberadamente; no hay hombre que sea esposo y padre, si tiene una conciencia sana y recta, que ame con alegría en el alma á una mujer que no es la suya: hay en las afecciones ilícitas un sabor amargo, que ninguna sutileza del corazón puede endulzar; la conciencia levanta su voz severa, y quita al desdichado víctima de la dolencia moral el sueño, el reposo, la alegría, la serenidad del ánimo y el valor.

En estos hombres—que, según dice el mundo, «se extravían», y, según yo creo, son más desdichados que culpables—entre ellos los hay tan severos, que son á la vez sus jueces y sus verdugos; acaso Diego, exasperado por su fatal pasión, y no pudiendo ni vencerla, ni transigir con su conciencia, hubiera salido de este mundo por la sombría puerta del suicidio.

Yo te lo confieso, Mariana: desprecio mucho á los hombres que pasan su vida en devaneos, conquistas é infidelidades de ocasión, como hay tantos en el mundo: esos carecen á la vez de corazón y de dignidad, y no sé si son más imbéciles que otra cosa; pero el hombre que se siente avasallado por una sola pasión, fuerte y exclusiva, merece mi estimación, y le dedicaría una tierna piedad, aunque fuera mi marido y el padre de mis hijos.

¡Qué bello papel te designa la Providencia! Si lo estudias y le comprendes, tú serás la dueña absoluta del corazón de tu marido, y eso ántes de mucho tiempo: no desmayes, Mariana, en la ardua tarea de mejorarte á tí misma: el hombre se prenda de una mujer que vale ménos que la suya, y esta regla es tan general, que nadie la ignora; pero cuando su mujer es bonita como tú, buena como tú, y además de ser estas dos cosas, le halaga, se viste para él, cuida de su casa, y es, en fin, su compañera y su amiga, le parece, y con razón, que no debe ir á buscar fuera de su casa lo que no ha de ser mejor que lo que posee en la suya.

Escribe á Roberto, ó yo le escribiré, para que vaya á esperar é instale á las señoras de Montes: no habiendo estado nunca en una población tan populosa como es París,

se verían doblemente angustiadas, ya por la gran pena que las acompaña ya por las dificultades con que se tropieza en todo país desconocido.

Y tú, mi querida Mariana, tranquilízate; la serenidad del ánimo es necesaria para todo, y sobre todo para conjurar las tormentas de la vida.—Valentina.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

CARTA CANTA.

Sr. Director de LA MODA ELEGANTE.

MUY SEÑOR MIO Y DE MI MAYOR APRECIO: Me permito empezar de este modo mi epistola; uso y abuso de esta expresion, porque realmente esta carta cantaré; pero no con el objeto de probar á V. nada que V. niegue, y ménos aún que ignore, sino porque hará las veces de fonógrafo, transmitiendo á los lectores de LA MODA la voz de las coplas que voy á escribir ó á cantar aquí, cumpliendo de paso la promesa que hice en mi anterior artículo. He querido dejar pasar todo este tiempo en silencio, á fin de no obligar á ustedes á que me lo hagan guardar á mí, pues no soy tan vanidosa, que me atreva á imponer mis gustos á nadie: por esta razon, y recordando que más de cuatro veces mis amigos y hasta mi familia me han dicho: «Déjanos de cantares», he callado tanto tiempo; y si hoy no temo que usted, señor Director, me lo dé á entender, ni que los lectores lo piensen, si yo, que tanto he callado y hubiese seguido callando, me decido al fin á continuar mi tarea, es porque varias personas han tenido la bondad de preguntarme: «¿Por qué no ha seguido V. publicando aquellos cantares en LA MODA?» Esto me ha animado, y por no hacerme de rogar, como dicen ciertas señoritas que tocan la fantasia de *Sonámbula*, continuaré aquí las fantasias del pueblo andaluz.

Si mal no recuerdo, en mi anterior artículo me permití copiar algunos párrafos de Becquer; sobre este mismo tema eché también mi cuarto á espadas, y ahora sólo me resta seguir copiando las coplas que, como dije y repito, no se hallan, ó no he visto, mejor dicho, en libro alguno, sino que han venido fresquitas y calentitas á la par, de la hermosa Andalucía. ¿Quién me las oye? Cantemos, pues, señor Director: V. me lo permitirá, publicando esta carta; y ahora, que se acerca la primavera, nos anticiparemos á las hojas de los árboles, enviando á vuestras lectoras todo el perfume de estas hojas y estas flores, que en forma de letras llevan consigo tanta fragancia y tanta poesía. Para lograr esto último no hay necesidad de acudir á las perlas á fin de que sirvan de dientes, ni de robar á los inofensivos cisnes su larguísimo cuello, ni de trocarse en buzo para recoger á manos llenas el coral y darlo á las niñas por labios, ni de adornar los ojos con azabache, como si fueran un traje de luto; ni de echar á perder las palmeras para que suplan el talle, y ménos aún de quitar á los pianos sus teclas de marfil para trocarlas en dedos; no, señor, nada de eso: aquí, ni se roba nada, ni hay necesidad de joyas, ni de mares, ni de aves, ni de bisuterías, ni de árboles, ni de elefantes, para hablar con el alma al alma. Al contrario, ésta tiene su mejor adorno en su sencillez; su tesoro, en ser pobre; su elocuencia, en ser laconica. Por eso brota de ella esta poesía especial. Por eso sucede con estas coplas lo que con los versos de Becquer; todos sentimos, al leerlas, vibrar las fibras del corazon, no para decir ¡qué bonita idea! ni ¡qué gran frase! sino ¡esto me ha pasado á mí, esto lo siento, lo he sentido yo, aunque ni puedo ni sé expresarlo! Esto es lo que guardo en el fondo de mi alma, porque no he acertado á darle la forma que necesitaba para salir de ella. Mas no divaguemos, y vamos á cantar, que el público tal vez se impacienta:

Quando me siento en la cama
Y recorro mis sentas,
A mí mismo me pregunto:
—¿Qué es lo que te ha sucedido?
Permita el Dios de los cielos
Que como me matas muertas,
Y que te vean mis ojos
Querer y que no te quieran.
Quando hables de mí persona
No digas que me has querido:
Di que fué un capricho sólo
Que los dos hemos tenido.
El que quiere y luego olvida,
O tiene maldita sangre
O la vergüenza perdida.
Entre tu boca y la mía
El aire quiso pasar;
Halló el paso tan estrecho,
Que el aire se volvió atrás.
¿De qué le sirve á tu madre
Poner tapias al corral,
Si te has de venir conmigo
Por la puerta principal?
Ayer, en misa mayor,
Me miraste y te reíste;
¡Tal te parecías á Dios
Como á mí me pareciste!
He pasado más trabajos
Que pasó Aquel que está arriba
El tiempo que estuvo abajo.
Los moicos de tu barrio
Dicen que no soy valiente;
Contéstales tú, muchacha,
Que me he atrevido á quererte.

Y ahora hagamos una pausa, como aquel que tiene la intencion de concluir, por no abusar del público; pero este público es tan amable, y sobre todo sabe sentir de tal manera, oye con tanto gusto esas coplas—por lo ménos yo así me lo figuro—que hasta creo escucharle que me pide más, y como somos tan condescendientes, entonamos estas otras:

El que diga que la ausencia
Puede ser causa de olvido,
Ni sabe lo que es querer,
Ni en su vida le han querido.

En todas partes te veo,
Que ojos tambien tiene el alma;
Donde los unos no llegan,
Siempre los otros alcanzan.

Tú solito en este mundo
Me has llegado á comprender,
Y por eso yo te quiero
Como se debe querer.

Muy bajito te lo digo,
Porqué el dicho es algo grave:
Yo te adoro con el alma;
No se lo digas á nadie.

Si lo que yo pienso en tí
Colgara de mis cabellos,
Cabellos me faltarían
Para tantos pensamientos.

Malditos sean los hombres,
El demonio se los lleve,
En *safando* á mi papá
Y al moreno que me quiere.

Hubo uno que, por querer,
Aborreció la comia;
¡Cómo querría aquel hombre,
Que el querer le mantenía!

Te quiero más que á mis ojos,
Más que á mis ojos te quiero;
Pero más quiero á mis ojos,
Porque mis ojos te vieron.

Aquel que tenga fatigas,
Que se fastidie y que rabie,
¡Que cuando yo las tenía
No me consolaba nadie!

Se me conoce en la cara
Cuando me aparto de tí:
Llevo *marcao* en el semblante
Lo que da para morir.

Si se te balda la lengua
De un aire de perlesía,
No le echas la culpa á nadie,
Que son maldiciones mías.

Quando me coges la mano,
Y me hablas al oido,
Y me dices que me quieres,
Yo no sé ni si respiro.

¿Qué poder tienen tus ojos,
Que no me puedo explicar,
Pues cuando cierro los míos
Es cuando los veo más?

Flamenca, por tu querer,
Me atrevo á pasar la mar
En un barco de papel.

En el corazon del hombre
Que más pequeño parezca
Cabén trescientas mujeres,
Y un pico más si se estrechan.

Quise bien y aborrecí;
Que no es castigo en quien ama,
Que cuando yo aborrecí,
Más que aborrecida estaba.

Yo te quiero y no te quiero,
Que son dos cosas iguales;
Yo te quiero para mí,
No te quiero para nadie.

En este instante no sé lo que me pasa: no puedo seguir; me parece notar que hace V. un gesto para sí ó para mí; es igual, porque debo apropiármelo de todas maneras: si, creo que está V. deseando que concluya, ¿no es verdad, señor Director? ¿Se le figura á V. quizá que el público se cansa!... Bueno, ¡cómo ha de ser, concluiré! Perdon si me ha ido un poquito la mano; no la he podido contener.... Dispénsame V., aunque sólo sea en gracia á que

Quiero cantar ahora,
Que tengo gana,
¡Por si acaso me toca
Llorar mañana!

y permita que le reitere su aprecio y consideracion más distinguidos su afectísima S. S., Q. S. M. B.,

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuacion.)

No podía la cándida virgen apartar de su imaginacion la imagen de Mercedes; pero no para tener celos de ella, no para odiarla: todo lo contrario, le parecia que iba á causar su desgracia, y la compadecia con todo su corazon.

Un momento permaneció pensativa: luego, como inspirada por una idea luminosa, volvióse hácia Enrique y le dijo:

—Has hecho mal, muy mal.

—Si, ya lo sé, Blanca; pero tú eres muy buena y me perdonarás.

—No, si no me refiero á lo que tú crees. Digo que has hecho mal en romper por mí el matrimonio ya concertado con Mercedes.

—Pero, Blanca, si te aseguro que no habia proyectado nada; si entre ella y yo no ha habido más que una amistad grande.

Enrique mentía; y ¿quién no hubiera mentido en su caso? ¿Quién hubiera tenido valor para decir á aquel angel: «Sí, es verdad; la he amado, la amo aún; por ella te he olvidado; por ella no he hecho caso de tus juramentos?»

No, no podía ser; la misma Mercedes, si lo hubiera escuchado, sentiria en su corazon un pesar agudísimo, pero no censuraría aquellas palabras.

—¿Para qué engañarme?—seguia diciendo Blanca animándose por momentos. Ella te hubiera hecho feliz, Enrique; te ama mucho; es buena, hermosa, y digna, por lo tanto, de que le correspondas. Yo.... tambien te amo; ¿por qué no lo he de decir, si lo sabes hace tanto tiempo? Pero.... voy á morir pronto; me lo dice el corazon.

—¡Tú, morir pronto, Blanca mia! Desecha, por Dios, esos tristes pensamientos.

—No son tristes, Enrique, para mí, porque se me figura que sólo en el cielo es donde podré encontrar la dicha.

—¡Aquí, aquí es donde vas á ser muy feliz! Tú lo verás. Blanca no contestó; parecia que aquella conversacion habia agotado sus escasas fuerzas, é inclinando algo la cabeza al lado opuesto, cerró los ojos.

Anselmo tampoco podia hablar; estaba tan conmovido, que la voz se anudaba en su garganta.

En la situacion que hemos descrito se hallaban todos cuando llegó el médico, y su presencia fué entonces como el rayo de sol en un día nublado; lo que es siempre que vemos á un sér querido postrado en el lecho, sin poder por nosotros mismos hacer nada para aliviar sus sufrimientos.

Todos le rodearon mientras observaba á la enferma, queriendo adivinar en su fisonomía el estado en que se encontraba aquélla.

—¿Cómo está, doctor?—se atrevieron al fin á preguntar Anselmo y Enrique casi á la vez.

—Mejor—contestó el médico—la crisis ha pasado, y ahora ya podemos abrigar más fundadas esperanzas; pero su debilidad es muy grande, y necesita mucho tiempo y cuidado para restablecerse.

—¿De modo—preguntó Anselmo—que no podrá efectuarse el viaje á nuestro pueblo?

—Por ahora, no: siento que tenga que pasar el invierno en Madrid; pero, por huir de un mal, podemos caer en otro mayor, y más vale que no se mueva de aquí. Además, tampoco estará en estado de ponerse en camino en mucho tiempo.

—Si no hay otro remedio, aquí nos quedaremos—dijo Anselmo con disgusto.

—Pero una fonda—prosiguió el médico—no es el sitio más á propósito para una enferma de las circunstancias de esta niña, y es preciso trasladarla á otro sitio; yo me cuidaré de buscar una casa que tenga las condiciones que se desean.

—Tantas bondades....

—No son bondades; me intereso mucho, como médico, por su curacion, y nada más.

El médico cumplió su palabra: al día siguiente pudo conseguir de una señora viuda que vivía en la calle de Atocha que cediera parte de su casa, y aquella misma tarde se verificó la traslacion, con los cuidados necesarios, aprovechando una leve mejoría que se notaba en Blanca.

Entre Anselmo y la hermana de la Caridad la colocaron en una silla de manos, y de este modo fué conducida á la nueva casa.

La dueña de ella, sensible y bondadosa señora, acogió á sus tristes huéspedes con amabilidad extremada, y desde el momento que vió á Blanca, se sintió arrastrada hácia ella por la simpatía y el cariño.

¡Este era el efecto que aquel ángel causaba siempre en todos los que la veían!

CAPÍTULO XI.

El diario de Mercedes.

Han pasado tres meses y estamos en el rigor del invierno; pero el cielo está azul; la temperatura, agradable; los árboles, vestidos de ramas, y los campos, cubiertos todavía de verde. Bien se comprende que nos hallamos en el país más hermoso del mundo: en la encantadora Italia.

En la parte Oeste de la Peninsula, y detras de varios arrecifes de piedras, entre las que se forman rápidas corrientes, se levanta una hermosa poblacion, cuyo puerto forma un pintoresco anfiteatro, desde el que se divisa, en medio de un precioso panorama de casas de campo y villas de recreo, una montaña que arroja casi constantemente por su cima una densa humareda.

Aquella cima la forma el cráter de un volcan, y este volcan es el Vesubio.

Es, pues, á Nápoles adonde vamos á conducir á nuestros lectores.

En el gran hotel de la calle de Toledo, y en una de sus mejores habitaciones, encontraremos á la familia de Vargas, que hacia ocho días que habia llegado á Nápoles, despues de recorrer parte de Francia é Italia.

En el momento en que vamos á sorprenderles, se hallaban los padres de Mercedes hablando de lo que era siempre su conversacion favorita: de su hija.

Escuchemos lo que dicen, que tal vez pueda sernos interesante.

—Ya no sé qué hacer ni dónde llevarla—decia D. Pedro: —todas mis esperanzas han salido defraudadas, toda mi experiencia se ha estrellado contra el modo de ser especial de Mercedes.

—Es verdad—asentia D.^a Justa;—ni la llaman la atencion los bailes, ni los teatros, ni nada de aquello que tan felices hace á todas las jóvenes. Lo mismo en París que en Florencia, lo mismo en Milan que en Roma, su belleza y melancolía han sido objeto de las más grandes distinciones; distinciones que le han sido y le son completamente indiferentes. No tiene más que una idea fija, un pensamiento constante: Enrique; y aunque ella me lo niega, cuando se queda sumergida en esos éxtasis que con tanta frecuencia la asaltan, sólo ese nombre vaga por sus labios; sólo la imagen de él existe en su corazon, estoy segura de ello.

—¿Qué cúmulo de tristes circunstancias se han reunido—decia D. Pedro—para hacer desgraciada á quien no tenia motivos más que para ser dichosa! Bella, rica, querida por sus padres, nada le faltaba; el mundo debia haber sido para ella un paraíso, y en conseguir esto ha estribado mi constante afán, ya que Dios no nos ha concedido más hijo que ése; pero no ha podido ser.... ¡Cúmplase su voluntad!

—Lo que más me entristece—reponia D.^a Justa—es que la hija de mi alma no está buena: no hay más que ver lo delgada que se ha puesto, sus ojeras, su palidez y los constantes suspiros que, sin poderlo ella remediar, se escapan de lo más íntimo de su pecho.

—Además, hubiera podido conseguir casamientos ventajosísimos; ha habido pretendientes á su mano, que tenían todas las condiciones necesarias para agradar, y cuando se lo hemos dicho, ya sabes lo que nos ha contestado con su sonrisa angelical: «No quiero casarme sin amar al que ha de ser mi marido; no amo á nadie; luego es inútil todo cuanto se me diga respecto á las buenas condiciones de los

que me pretenden.» Y esto lo ha dicho con tal firmeza, con tal convicción, que me ha hecho adquirir la completa seguridad de que su amor por Enrique no ha disminuido nada. Veremos si con el tiempo y la ausencia....

— No, Pedro, no; nuestra hija no es como la generalidad de las jóvenes del día: tiene un corazón que todo es sensibilidad, todo amor: el primero que lo ha hecho latir ha sido Enrique, y á él ha entregado ese tesoro de cariño que encierra: disimulará ante nosotros lo que pueda, no lo nombrará siquiera; pero creo que ni la ausencia ni el tiempo conseguirán lo que apetece.

— Por el pronto, seguiremos viajando por Italia, y creo que esta expedición no ha de ser inútil.

— ¿Y has vuelto á recibir carta de Enrique?

— No: la última, como sabes, la recibí en Roma, y aun no le había sido posible efectuar su casamiento con Blanca, á causa de la enfermedad de ésta.

— ¡Pobre niña, qué desgraciada ha sido también!

— Ahora espero tenerla, pues le escribí á nuestra llegada á Nápoles.

Siguieron los esposos hablando de cosas ajenas á nuestra novela; y entre tanto, vamos á ver lo que hacía su hija, la interesante Mercedes.

Levantemos el portier de la habitación que está á la derecha, y entremos sin vacilación.

Mercedes, con un lindísimo traje de casa, ceñido á la cintura con un lazo escocés, estaba sentada ante un elegante pupitre de señora, y escribía.

Sus mejillas habían perdido las rosadas tintas, que eran su mejor encanto, y sus hermosos ojos negros, rodeados de un círculo oscuro, parecían haberse agrandado extraordinariamente.

No eran, por cierto, infundados los temores de D.^a Justa respecto á su hija, y así se comprendía sólo al verla.

Los viajes, que casi siempre robustecen la salud y dan vigor y fuerza á los que carecen de tan preciado bien, habían sido contraproducentes para Mercedes.

Si nos apoderamos del libro en que escribía y pasamos la vista por algunas de sus páginas, sabremos, sin necesidad de profundizar en su corazón, lo que la hermosa niña sentía.

Era aquél un libro de memorias, que la regaló Enrique el día de su santo, con tapas de nácar y sus iniciales en oro, y que ella había guardado como un recuerdo, sin tener la idea de llenar nunca sus hojas.

Pero desde el día que tuvo que renunciar para siempre á la felicidad que ya disfrutaba, y á la esperanza de tenerla mayor aún, eran tantas las diferentes impresiones de su alma, tantos los pensamientos dolorosos que se sucedían en su mente, que la ocurrió emplear aquel mismo libro, que en una época más venturosa había recibido con la sonrisa en los labios, para estampar en él, día por día, todos sus sentimientos.

Abrámoslo por cualquiera parte y leamos.

Dice así:

«Día 10 de Octubre.

» Hace ocho días que estamos en París, y mis padres no han omitido medios para alegrar mi ánimo: por las noches vamos al teatro, y por las mañanas, á visitar la población y sus alrededores. Todo es muy hermoso; pero, aunque no he estado nunca en París, se me figura que todo lo que veo lo conozco ya, y no me hace ningún efecto.

» Apenas ha empezado nuestro viaje y ya estoy cansada: no pienso más que en Madrid y.... en él, por más que hago esfuerzos inauditos por olvidarlo.»

«Día 15.

» ¡Qué rato más malo he pasado anoche! Fuimos á un baile que se daba en la Embajada de España, y por causa de papá, que se empeñó en ello, me vi obligada á bailar. Mi pareja no quiso dejarme en toda la noche: creo que me estaba haciendo el amor, y yo apenas reparé en su fisonomía.

» Me incomoda la sociedad; la alegría de los otros me hace daño: la música es lo único que me distrae algo; por eso no quiero ir más que al teatro de la Opera, y allí, lo que siento es tenerme que colocar junto al antepecho del palco; pues mi gusto sería estar en el fondo, sin que nadie me viera, dedicada solamente á acoger en mi alma las dulcísimas notas que tanta melancolía, que tan indefinible tristeza me inspiran.»

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las golondrinas parisienses. — Trajes de baño y objetos útiles en la playa. — Chozas, parasoles y sombreros. — Trajes de playa. — Villers y Trouville, ó las dos rivales. — Últimas modas. — Un mozo de recursos.

HÉ aquí llegada la época en que emigran las golondrinas parisienses. Al contrario de esas otras golondrinas que, huyendo del frío, vuelan hacia el Sur en busca de climas menos rigurosos, éstas van á buscar un refugio contra el calor en las costas del Océano, en medio de las encespadas olas, coronadas de espuma, sobre la menuda arena de las playas normandas ó bretonas. Ha dicho no sé quién que entre la mujer y la ola existe misteriosa afinidad, que las atrae invenciblemente.

Dos palabras sobre las últimas novedades en materia de trajes de baño. Los colores en uso continúan siendo el azul, el marrón de la India y el verde mar, y la forma adoptada

es invariablemente el traje de *marinero* ó el traje *breton*. Los modelos más preciosos que he visto en este género consisten, para el traje de marinero, en una falda tableada sobre un pantalón bombacho y una blusa abierta sobre una elástica listada, con cuello grande, sobre el cual van bordadas unas anclas monumentales; mangas cortas y sombrero de hule, en que brilla, en letras de oro, un nombre cualquiera.

El traje breton, que ofrece más novedad, se compone de una falda fruncida en la cintura, cuya falda cae sobre un pantalón corto, bordado con lanas de varios colores. La blusa, que es bastante larga, va sujeta al talle con un cinturón ó faja flotante de lana blanca. Un ramo de flores favoritas va bordado en el sitio del corazón. Un rizado de lana blanca rodeada al cuello, y un sombrero de paja de Ischia, cubierto de muselina, completa el traje.

Si se quiere llevar la elegancia hasta hacerse un traje de baño con seda de la China y bordados de oro, como el que la Condesa de A.... lleva este año á Trouville, se deslumbrarán, sin duda, hasta los tritones y delfines; pero la sencillez me parece en este punto, como en muchos otros, la verdadera distinción.

Las chozas de paja, especie de garitas, indispensables para guarecerse de los ardientes rayos del sol ó de la brisa marítima, hacen que las playas bretonas y normandas se asemejen á un aduar árabe. Nada tan pintoresco como esos nidos cubiertos de lienzo ruso y bordados de lana de colores vivos, y en cuyas bolsas diminutas se coloca el abanico, el frasco de esencias, los gemelos, la labor, y hasta la última novela publicada, que se lee sentimentalmente contemplando cómo las olas se retiran.

Los parasoles gigantescos constituyen la delicia de los *babys*. Se les planta en la arena, y bajo su extensa techumbre se guarece una legión de niñas y niños, ocupados en construir diques, que durarán una hora, ó en buscar conchitas y caracoles.

Mientras que sus tesoros se divierten en la playa, las mamás dan la última mano á preciosos labores, que suelen consistir en ramos ó dibujos Watteau, recortados de cretonas de Ruan, que se aplican sobre paño, cañamazo, lienzo grueso ó raso, y se bordan con puntos largos echados, ó bien cabeceras, tapetes ó almohadones de lienzo de embalar, que se borda con lana al punto de marca ó se cubre de galones de cachemir, cuyos objetos forman parte del mobiliario campestre.

Una parisiense se instalará sin dificultad en una cabaña, pero con la condición de que la transformará en un nido sedoso, perfumado, elegante, como ella misma. Para conseguirlo cubre los muebles, harto primitivos, de su rústica vivienda con trozos de cañamazo ó lienzo bordados; las mesas, con tapetes del mismo estilo; dispone con arte infinito un manton viejo de cachemir sobre una butaca de tela dudosa; reviste de muselina una mesa de pino sin pintar, y coloca encima su espejo y demás objetos de tocador, convirtiéndola así en lavabo de estilo Luis XV, y, por último, pone en todas partes flores, libros, algunos cuadros que recuerdan los amigos ausentes, y extiende blancas esteras de paja sobre los vulgares ladrillos encarnados: hé ahí una choza convertida en un elegante *boudoir*.

Los trajes de playa son casi todos del mismo estilo: lanillas finas y flexibles, dispuestas á la inglesa; casaquines muy ajustados; guantes muy largos; zapatos muy escotados, y medias de seda, de color llamativo, á la aldeana.

Los sombreros destinados á Villers y Trouville son muy grandes, de forma Directorio ó pastora, hechos de paja gruesa, y adornados con una corona de flores de colores oscuros, ó bien de hojas y hierbas marinas naturales, escarabajos y moscas admirablemente imitados. Otros, los más bonitos para mi gusto, son de paja de Ischia, con ala ancha á la Recamier y encañonado por detrás. Estos sombreros se forran de raso claro fruncido y se cubren de lazos ó bandas de muselina, con vivos y encajes. Las sombrillas continúan siendo encarnadas.

Villers y Trouville son dos playas vecinas y rivales, que luchan por el premio de la elegancia y de la belleza. Villers es más *comm' il faut*; pero Trouville ofrece mayores atractivos: ambas estaciones están muy animadas este año. A la hora en que escribo se encuentra ya difícilmente un cuarto en los hoteles, y no faltan gentes prácticas que piensan en alquilar esos inmensos armarios que sólo se ven en Normandía, para transformarlos en especie de camarote.

A última hora me aseguran que los trajes que más se llevan en aquellas dos playas son de tela de algodón encarnado con rayas color de azufre ó azul pálido. Por la noche se ponen unos casaquines más oscuros, rodeados de encajes crudos ó simplemente bordados. Las excursionistas adoptan el *fashionable* inglés, traje muy sencillo, compuesto de *plaids* ó mantones de cuadros.

Una familia parisiense se instala delante de un café de los alrededores de París, después de un largo paseo por el campo.

— ¿Quieres que tomemos helados? — dice el marido á su mujer.

— Para nosotros dos, si tú quieres; pero no para los niños, que tienen demasiado calor y les harían daño.

— Eso no impide, señora — replica el mozo del café con adorable sonrisa; — aquí tenemos, como en París, helados templados para niños.

X. X.

París, 16 de Julio de 1887.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.689^o.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 2.^a edición.)

Traje de paseo. Vestido de raso de verano color de rosa y encaje *ficelle*. El corpiño, escotado en punta sobre un peto listado de entredoses, va ribeteado, así como la aldeta y la sobrefalda, de un volante de encaje *ficelle*. La sobrefalda va recogida en el lado izquierdo, bajo una cascada de lazos de un color azul verdoso. La falda va plegada, y cada pliegue separado por un entredos. Esta falda termina con un volante de pliegues huecos, medio cubierto con un volante de encaje, y bajo el borde, un volantito de encaje, y por último, un tableado estrecho de raso del color de las cintas.

Traje de calle. Este traje es de cachemir verde botella y raso brochado, con fondo gris plata y dibujos azules. La polonesa, corta por delante, forma dos *paniers* anudados por detrás, un paño recogido y otros dos paños en punta. El cuerpo de esta polonesa lleva un cuello recto y dos solapas de raso brochado. La falda se compone de pliegues alternados de raso y cachemir.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

El mes último hemos dicho algo acerca de la higiene de las manos; hoy hablaremos de la del rostro.

La crema de fresas, de la casa Guerlain (15, *rue de la Paix, Paris*), es el mejor cosmético que puede emplearse; es una especie de *cold-cream* refrescante, que hace desaparecer todas las pequeñas eflorescencias y devuelve ó conserva á la piel su transparencia y su frescura: además, tiene la ventaja de conservarse indefinidamente. Para usarla, se frota con ella el rostro, secándole después con un lienzo fino, y se aplica un poco de *Cypris*, excelente polvo impalpable, que se hace desaparecer con la mano.

El agua de *benjuí* es inapreciable para la *toilette*; bastan algunas gotas para convertir el agua en una loción lechosa, é impide á los cutis delicados adquirir prematuras arrugas. La *Granadina* tiene también excelentes cualidades tónicas. Las personas cuya sangre afluye vivamente á la piel, sobre todo después de las comidas, y aquellas otras á quienes asoman á la cara vetas rojas, harán bien en servirse de la *Crema emoliente al jugo de cohombros*, de la que obtendrán los mejores resultados.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Las enaguas de nansuk, de la casa *De Plument* (33, *rue Vivienne, Paris*), son muy elegantes y están cortadas sobre la forma de las faldas. La enagua *trotteur* va guarnecida de tres filas de bandas en bordado inglés, encabezadas con un entredos; por detrás, cinco volantes. La enagua *Sidonia* tiene una cola redondeada, apretada por medio de una jareta, y dos volantes realzados con encaje; el delantero es liso; la enagua *coraza* es de cola cuadrada, con una caída de volantes encañonados, que coloca la *tournure* un poco baja; lleva un encaje en la orilla. La casa de Plument hace también lindísimos *disimula-corsés*, de nansuk; guarnecidos de bordado valen 5 francos; de encaje, 4 francos; lisos, 3 francos. El *Boletín-guia ilustrado*, donde se encuentran todos los modelos de corsés, cinturones, *tournures* y enaguas, perfectamente representados y con sus respectivos precios, es enviado gratuitamente, por M. de Plument, á las señoras que gusten de pedirselo. Contiene también las indicaciones sobre las medidas que hay que mandar para encargar cualquier producto de la casa.

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los días, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla. *

PARIS. Corsets pour les modes actuelles. — M^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Auber. — Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo. — E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto. — Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

PILIVORE! Destruye el vello de los brazos, haciéndolos lisos y blancos como el mármol. Eficacia y seguridad completas. PERFUMERÍA DUSSEY, 1, rue Jean-Jacques Rousseau, Paris.)

VERDADERA

AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.



Nº 342

Nº 1689P

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12, pral

M A D R I D

• *Perfumeria de lujo. Guerlain. 15, rue de la Paix, Paris.*

Fija Regente B. y Cossi Ana de Austria de M.^{tes} de Vertus 12, rue Auber, Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA